

## Milagros Zatarain

**D**esde que el paisaje se establece como género independiente entre los asuntos pictóricos ha progresado la idea del artista como eslabón intermedio entre la naturaleza y el lienzo, como médium en el sentido etimológico del término. Milagros Zatarain trabaja con las bases sólidas de la pintura al aire libre; es decir, se relaciona directamente con el entorno que procesa en su interior para transmitirnos una experiencia vivida en los mares, montes, caminos o ciudades. Que reúnen el sentimiento de quien los contempla con las preocupaciones que consideramos dentro del territorio específicamente plástico. Sólo el acto de selec-

cionar una vista y un momento concreto, siempre irrepetible —los impresionistas hablaban de «decrepitud sutilísima»—, ya introduce la voluntad de la creadora, de quien dirige los desarrollos sobre las superficies. Y demuestra percepciones intensas de matices luminosos (véase «Café Zurich»), de las estaciones del año («El Moncayo en primavera») y, en definitiva, de cualquier estímulo temporal sutil o francamente neto que a cada uno sugiere de manera muy diversa. Al fin y al cabo, como argumentaba Cézanne, «las sensaciones forman la base de mi arte».

Además de estas descripciones naturales, Milagros Zatarain dedica sus pinceladas sueltas a los

temas de flores, que también se encuentran entre lo más característico de su labor.

Introduce en ellos la ambivalencia entre los ambientes interiores y el exterior, representado por las luces que acuden desde las ventanas («Kalanchoe y Brezo inundados de luz»). Quizás sea en estas telas donde se incide con mayor profundidad en el terreno poético. O en las modelos que aportan un testimonio pequeño (aunque bastante significativo) del tratamiento de la figura humana y su integración con los fondos. Un limpio ejercicio que busca la armonía de los tonos y dibuja la presencia de la autora como el ser con ojos vivos en el mundo que la rodea.—P. P. A.